



INTERVENCIÓN DEL SECRETARIO GENERAL JOSÉ MIGUEL INSULZA

REUNIÓN EXTRAORDINARIA DEL CONSEJO PERMANENTE

6 de marzo de 2014

Esta reunión del Consejo Permanente tiene lugar después de una espera desusada, desde que fuera convocada por un país miembro, en uso legítimo de su derecho. Esta demora ha provocado entre nosotros tensiones innecesarias, digo innecesarias porque este Consejo ha enfrentado muchas veces en el pasado debates de esta naturaleza, incluso con fuertes discrepancias y siempre ha predominado una disposición al diálogo constructivo. Yo Espero sinceramente que esta ocasión mantenga esa tradición.

La expectativa provocada, sin embargo, también tiene un sentido positivo: sirve para demostrar, una vez más, que esta Organización sigue siendo el principal foro de debate de las Américas. Foro Irremplazable, porque sólo a él vienen todas las partes y sólo en él se argumenta y discrepa abiertamente, como corresponde a una democracia.

Que alguien sugiera que una simple reunión en la OEA, realizada con arreglo a las normas que nuestros propios países han aprobado de manera unánime, sea una “injerencia indebida” o una forma de intervención, es también una demostración de



la significación que esta OEA conserva plenamente. También demuestra que otros piensen que aquí pueden encontrar soluciones a una crisis que sólo debe resolverse en su país y exigen que este Consejo o este Secretario General apliquen, más allá de sus leyes y atribuciones, sanciones a sus adversarios.

En este aspecto, Sr. Presidente los papeles se cruzan: los que hace algunos años blandían orgullosos la Carta Democrática Interamericana para exigir severas sanciones contra el gobierno de facto en Honduras, hoy nos dicen que tan sólo hablar de una crisis que ya ha producido un importante número de muertos es injerencia; mientras los que denunciaban (y aun denuncian) como atentado a la soberanía nuestra actuación ante un evidente golpe de estado -me refiero nuevamente a Honduras-, ahora exigen que los ayudemos a sacar del poder a un gobierno recientemente elegido en una elección democrática.

Las crisis polarizan, y esta Organización que es política por naturaleza está siempre al centro de ellas. Lo que aquí se dice se escucha en todas partes. Pero estar al centro y tratar de introducir alguna racionalidad en el debate siempre motivará, desde las posiciones extremas de ambos lados, suspicacias, desprecios y hasta insultos.

Por eso quiero repetir hoy que la OEA no está aquí para intervenir en los asuntos internos de sus países miembros, sino para ayudar en lo que sea posible en la superación de esas crisis, a través de medios comúnmente acordados; Que en la OEA se escuchan todas las opiniones y nadie puede ser descalificado, ni maltratado por traer aquí sus quejas o sus demandas. Que aquí los de izquierda,



de derecha o de centro tienen iguales derechos. Y que la OEA es gobernada, de manera abierta y conocida, en el marco de la democracia y el estado de derecho, por sus estados miembros, reunidos en este Consejo y en su Asamblea General.

Ningún país puede, desde hace mucho tiempo, dominar la voluntad de los demás. Separar conceptualmente a la OEA de sus Estados miembros es crear una ficción irrespetuosa.

Hemos seguido todos con atención y gran preocupación los eventos de las últimas semanas en la hermana República Bolivariana de Venezuela. Cuando un estado miembro es afectado por duras conmociones y división interna y se pone en riesgo su democracia, es natural que todos los demás se preocupen.

Es innegable que existe hoy una crisis política profunda, cuya característica principal está en la división y confrontación de la gran mayoría de los actores políticos y sociales en bandos irreconciliables. Cuando se moviliza la oposición lo hace de manera masiva y exigente; cuando salen a la calle los partidarios del gobierno, también es muy grande su concurrencia y su fervor. Los discursos son encendidos y radicales y hay pocos llamados al entendimiento y la conciliación. Cuando alguno habla de diálogo, no lo hace con la mano extendida, sino con la mano empuñada.

Dos circunstancias agravan esta situación: la primera es que la crisis política impide enfrentar adecuadamente la grave situación económica y de seguridad que vive Venezuela desde hace algún tiempo. Sin entrar a discutir sus características,



es evidente que si no se adoptan medidas de fondo, que a veces pueden ser difíciles o impopulares, esa crisis también se irá agravando. Pero ninguna acción concreta es posible en un país dividido y confrontado. Todos temen proponer soluciones de fondo o apoyar las que vienen del adversario, para no debilitar su posición.

La segunda circunstancia es la violencia, sea en la protesta y o de la respuesta a ella. Los enfrentamientos de las últimas semanas han provocado una cantidad de muertos, heridos y detenidos que sigue aumentando y se conocen denuncias múltiples y documentadas de violaciones de los derechos humanos.

Muchas de las circunstancias anteriores son reconocidas por el gobierno y por la oposición; nadie las niega, todos proclaman la necesidad de superarlas, pero insisten en culpar al adversario y creen aún que, unilateralmente, pueden ganar la batalla.

Esta percepción es profundamente equivocada: el camino a la reconciliación que se necesita urgentemente en Venezuela no pasa por el derrocamiento de un gobierno que fue elegido hace menos de un año, ni por el desconocimiento y hostilización permanente de una oposición que también mostró su fuerza en las urnas.

Ambas fuerzas representan una parte imprescindible de un país que necesita de todos sus hijos e hijas para salir adelante. Pretender “ganar” esta batalla es el



camino seguro a una división nacional que, con vencedores y vencidos, está destinada a durar por décadas. Existen muchos ejemplos en que la división y la confrontación destruyeron la democracia y trajeron consigo largos períodos de dictadura. Así ocurrió en mi país y los muertos fueron miles.

A menos, por cierto, que ganen todos y nos negamos a creer que eso no sea posible. Lo es, pero solamente a través de un verdadero diálogo nacional, en que participen todos los actores relevantes y que tenga en su agenda los factores más graves de la crisis. Así lo propuso Rubén Blades, que nombró el embajador Chaderton, pese a que el Presidente Maduro lo crítico. En este aspecto tuvo más suerte que yo.

Pero recalco, en todo caso, que la agenda definitiva la fijan los venezolanos de común acuerdo; nuestro único anhelo es que se reúnan, con una actitud distinta, a negociar sobre estos u otros temas.

Valoro, en ese sentido, la iniciativa del gobierno de llamar a un Diálogo nacional, así como la concurrencia a él de los representantes del sector empresarial y de algunos dirigentes políticos y parlamentarios de oposición. Pero es imprescindible que en el diálogo estén presentes también los principales dirigentes de los partidos y las figuras con mayor convocatoria de la oposición. Ello obliga a todos a un esfuerzo superior y supone un compromiso de todas las partes de evitar las agresiones, los condicionamientos y las condenas, lo cual permitiría la confianza que actualmente no existe. En efecto, la crisis política es también una crisis de confianza, que sólo gestos positivos permitirán superar.



Creo que lo ideal sería que el Diálogo por la reconciliación en Venezuela sea conducido por ciudadanos venezolanos que den confianza a todos y tengan la presencia pública y la autoridad moral para dar seguimiento a los acuerdos. Eso sería lo que corresponde a una crisis que es interna y debe seguir siendo tratada como tal.

Ahora bien, si no existen confianzas internas, existe el recurso a la mediación externa. A este respecto, yo quiero ser extremadamente claro: quien sea el mediador, organismo internacional, un gobierno o gobernante de otro país, la Iglesia, un grupo de personas, no debe ser, en este momento, motivo de discordia entre nosotros.

Yo Jamás pondré los celos institucionales por encima de las necesidades de los países miembros, ni reivindicaré para la OEA un rol que no le sea requerido por todas las partes involucradas. Ejemplos de esta disposición hay muchos. En el diferendo producido entre Colombia y Ecuador (en el que Venezuela también se involucró) en el año 2007, la salida pacífica se logró en una reunión del Grupo de Río (hoy CELAC); y fue después traído a la OEA por cierto, el tema de la reincorporación de Honduras a la OEA no fue obtenido aquí, sino por la mediación de los Presidentes de Colombia y Venezuela; en la crisis de Haití, hace más de una década, aceptamos gustosos el liderazgo de la ONU en ese país y mantenemos aún nuestra asociación con ella, en favor de la democracia y la estabilidad política de Haití. Que yo sepa ninguno de estos procesos, que la OEA validó en su Asamblea, fue calificado de “injerencista”.



Por cierto, la OEA estará siempre disponible. Estoy seguro de que este Consejo apoyará el diálogo, el acuerdo y la reconciliación nacional en Venezuela, cualquiera que sea el instrumento institucional que las partes elijan para ese diálogo. Queremos la paz en Venezuela y que esta querida nación siga contribuyendo al desarrollo y amistad entre todos los pueblos de América.

Muchas gracias.